

E V O C A C I O N D E R U B E N D A R I O

Por MERCEDES SAENZ ALONSO

RUBEN Darío nace en 1867, cuando el Romanticismo agonizaba consumido por su propio fuego en la pira gigantesca que levantó su triunfo absoluto en un mundo ávido de amar y sentir y que, a fuerza de sentir y amar, había agotado todos los términos y se debatía absurdamente encerrado en unos límites que le venían estrechos.

Rubén Darío personifica en la poesía hispana ese movimiento que se llamó modernismo y que estalló a fines del siglo XIX para enseñorearse de un ambiente propicio. Los modernistas nada tuvieron que derrocar; no fueron iconoclastas, porque ninguno de los poetas supervivientes del movimiento romántico era un ídolo para nadie. Sólo existía —y los modernistas lo respetaron ensalzándolo— un nombre y un recuerdo a cuyo contacto se desvanecían todas las posibles rivalidades: G. A. Bécquer. Bécquer dejó un hueco que nadie podía llenar; pero que se hacía patente; un hueco que oprimía y que hacía más dura y cierta la necesidad de cubrirlo.

Fueron en España, Salvador Rueda, Gil y Manuel Reina, junto a Gutiérrez Nájera y González Prada, en América —por no

citar más nombres—, los que, ganados por las tendencias de los parnasianos franceses Rimbaud, Gautier, Mallarmé, se iniciaron en la tarea de unos modos nuevos. Mientras tanto, Rubén Darío—admirador de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce— emborrataba cuartillas y cuartillas, con toda la pujanza de una niñez ávida de sueños y glorias.

Luego veremos cómo transcurrió su vida de hombre y, al cotejarla con los datos que ahora he de exponer del poeta, comprenderemos cómo unos y otros se completan y coinciden en la personalidad de Rubén Darío.

Poemas de la Niñez, los de la Adolescencia, Rimas, Abrojos, surgen a la luz cuando aun no había cumplido Rubén los veinte años, pero ya había alcanzado la celebridad. En todos estos libros sus poemas siguen la trayectoria marcada por los maestros admirados del XIX. «Tú y yo», en «Sollozos del Laúd», nos lleva a Zorrilla; «Mundo mundillo», a Campoamor; sus «Rimas», a Bécquer...

De pronto surge «Azul», y entre las páginas de este libro, el salto audaz hacia los parnasianos franceses, hacia la realidad de un Verlaine, cuya sensualidad aparecía, a veces, encubierta por un misticismo extraño y en ocasiones patético. Los titubeos de Rueda, Gil, Reina, que tímidamente se mostraban en el desconcierto de una literatura huérfana de nombres y tendencias, ceden ante el victorioso nombre de Rubén, que se impone por la fuerza de un poder innovador e invencible. Valera, al leer «Azul», lanza a los cuatro vientos su fe en el joven americano y le muestra como ejemplo que seguir. La llegada a París de Rubén Darío, su estancia en la gran ciudad, las amistades que allí forjó, sus viajes por Europa, le proporcionan los medios para «Prosas Profanas». El poeta ha conquistado el puesto que Bécquer dejó vacante. Ese difícil puesto, rara vez conseguido, donde deben unirse el reconocimiento de los críticos a un valor indiscutible y el calor popular que repite en todos los labios, como suyos, los versos del poeta.

«Cantos de vida y esperanza», «Cantos épicos y errantes», «Lira póstuma» y otros poemas, completan la obra de Rubén Darío, que

supo tomar sus fuentes en la esencia española que impregnaba lo espiritual de la poesía americana del siglo XVIII. Víctor Hugo y Verlaine no debilitaron su carácter, sino que robustecieron su fuerza íntima. Rubén abandona los metros de la rígidas liras antiguas, los octosílabos, los romances, los sonetos. Descubre ritmos nuevos e increíbles sin las rejas de la perceptiva. Crea palabras para expresar ideas imposibilitadas de mostrarse y repite palabras e ideas formando una música discordante que llega a los oídos como un milagroso acorde perfecto. Inspiración, expresión, imaginación, es española, totalmente española, en la obra de Rubén, aunque tomara de las influencias modernas, renovadoras de Francia —dominadas a su capricho— los medios de aumentar la belleza de la poesía hispana. Su fantasía asombrosa, el regalo de imágenes fabulosas, su música es única. Sus ojos abiertos al mundo no se cierran para olvidar imágenes infantiles que encierran una gran ternura por la raza india, y, a veces, la muestra dolorida y desnuda en la difícil unión del modernismo de la palabra y la antigüedad del espíritu fundiéndose en los cantos épicos de un pasado remoto y orgulloso de las virtudes de las razas aborígenes impregnadas de un dolor lacerante y estoico.

Esta fué la obra de Rubén Darío, que representó lo mejor de un modernismo nacido como negación categórica de la literatura finesecular; un modernismo que careció siempre de unidad, de base exacta y precisa, hasta el punto que quizás hemos errado al referirnos directamente a él como movimiento, y mejor hubiéramos hecho hablar de «los modernistas». En todo caso, estas nuevas tendencias, aquella preocupación por el colorido y lo original —a veces estrambótico—, que Rubén logró sin perder el realismo, resultaron una tarea ímproba para los seguidores. El modernismo —por su dificultad de excesos— cayó muy pronto en una melancolía rebuscada, pagana, sensual y contada al modo barroco.

Antes de dar por terminada esta presentación, que nos dará paso a escuchar sus versos, esbozemos a grandes rasgos la vida del poeta.

Rubén no nació del amor. El matrimonio de sus padres fué

un matrimonio de conveniencia, que se desunió un mes antes de nacer su primero y único fruto. Rubén fué prohijado por un tío suyo —el coronel Ramírez—, que le dejó heredero de unas tierras de exuberante vegetación enclavadas en la región de Nueva Segovia. Falto de nombre paterno que amar, tomó como suyo el de su bisabuelo Darío, que acordaba mejor con su fantasía oriental de las mil y una noches y poeta falto de años, pero sobrado en sueños fabulosos, que imaginaba ciertos y acaecidos en las cercanas islas Tortugas del mar Caribe. Su educación en los jesuitas dejó para siempre en su alma una creencia firme en el más allá, que le permitió acogerse en sus últimos años a un misticismo que debía borrar su pagana juventud. Rubén Darío tenía sólo catorce años cuando se enamoró simultáneamente de su prima Inés y de la saltimbanqui Hortensia. A la primera entregó sus sueños, y a la segunda la realidad de un cuerpo de adolescente. Pretendió seguir a Hortensia en su carromato de feria entre los payasos, los trapezistas y el oso bailarín. Pero le retuvieron los ojos de Inés. Continuó en Nicaragua hasta que el Gobierno le envió, todavía un muchacho, pensionado a El Salvador. Después obtuvo un puesto en Lima y Santiago. Publicó «Abrojos» y «Rimas». En 1889 surgió, con «Azul», su consagración. Dirigió un periódico en Guatemala, otro en El Salvador. Se casó enamorado locamente: un matrimonio de amor, que un hijo convirtió en el imposible de prender una estrella con la mano como en sus poemas. Y, para colmo de todas sus dichas, acudió a España como representante de su patria.

En Madrid fué festejado, halagado. De vuelta a su país, representó a Colombia en Buenos Aires. Murió su esposa, y esto le hundió en una desesperación que le llevó a beber con exceso para olvidar la tortura de su soledad. Marchó a París, donde G. Carrillo le presentó a Verlaine..., siempre embriagado. Vivió el París de las comidas a las inciertas horas de la madrugada, bañadas en champaña en clásicos restaurantes que guardaban un recuerdo imperecedero de los escritores románticos derrocados por las tendencias modernistas. El París del Café Vachetts, de los paseos nostálgicos por las alamedas del Bosque o las márgenes del Sena.

Volvió a Madrid, donde convivió con Unamuno, Valle Inclán, los Machado, Baroja, Villaespesa, J. R. Jiménez, antes de afincarse nuevamente en el París de Amado Nervo. Oscar Wilde. Un París que tanto amaba y sólo abandonó en breves viajes que le llevaron a través de Europa.

«Prosas profanas» y «Cantos de vida y esperanza» eran los lamentos de su alma en una vida turbia de placeres agotados, y se refugió en la quietud mallorquina. Grueso y de mirar alegre, retornó a su patria, que le recibió como a un héroe: su genio. El escenario estrecho le abrumaba: recurrió a las representaciones diplomáticas; regresó a España, donde conversó varias veces con Alfonso XIII. Vivía ostentosamente; el dinero no tenía para él otro fin que el de gastarlo alegremente, aunque excediera a todas sus posibilidades. La bohemia alegre de París terminó por hundirlo. Otro viaje: Méjico, Cuba. Y de nuevo la apetencia de un refugio. Esta vez, no una masía mallorquina, sino la misma Cartuja de Valledemosa que cobijó las sombras de Jorge Sand y Chopín. El pagano pervertido, parisién esclavo de todos los placeres, se borraba para siempre en la Isla de la Paz. Rubén se refugiaba en su piedad primera, acuciado por un misticismo que se reflejaba en su poesía y lograba en ella una profundidad que no poseyó hasta entonces, y que quizás surgió en él con la espontaneidad de quien se sabe enfermo y próximo al fin. Junto a él, Francisca Sánchez, una castellana humilde y sencilla, constituyó el amor más firme de su vida, disipando todos los recuerdos de pasiones regados en champaña, aunque no lograra borrar el sueño realizado que la muerte quebró al fallecer su primera esposa. Su sed de viajar, el nomadismo, del que jamás pudo liberarse Rubén Darío, le llevaron a Nueva York, y de allí partió para su último desplazamiento a la tierra que le vió nacer y le recibía al morir. El 6 de febrero de 1916 falleció Rubén. Veintiún cañonazos desgarraron los aires de Nicaragua, que se vistió de luto mientras cerraban las puertas las fábricas, espectáculos, el comercio y el Parlamento. El aire se perfumaba del incienso de las plumas que le cantaban,

mientras su rasgueo estremecía el aire de todas las naciones hispanas.

Rubén —sin embargo— no ha muerto para el mundo, ni morirá jamás. En la inmortalidad conquistada, sus poesías llegan a nosotros envueltas en el colorido brillante de las palabras diáfanas y sonoras. Palabras, estrofas, versos, nacidos en un ritmo nuevo, que componen la obra poética de Rubén Darío, que llega a los oídos y penetra en cerebro y corazón para repetírsenos siempre con su musicalidad, nunca hasta él conseguida, y que no podrá superarse jamás.

